

Domingo de Ramos (A) – 29.03.2026; Mt 21,1–11; Is 50,4–7; Flp 2,6–11; Mt 26,14–27,66;

INTRODUCCIÓN – antes de la Procesión

Se cuenta la historia de un pequeño pueblo que una vez preparó una gran bienvenida para un dignatario que iba a visitarlo. Las calles fueron limpiadas, se colocaron banderas y la gente se reunió temprano, entusiasmada por ser vista y contada entre la multitud. Pero cuando la procesión avanzó por el pueblo, ocurrió algo inesperado. El visitante no se detuvo en la plaza decorada. En cambio, giró por una calle estrecha y embarrada donde vivían las familias más pobres. Algunos lo siguieron hasta allí; muchos se fueron alejando en silencio.

Era fácil aplaudir en la calle principal.

Era más difícil seguir cuando el camino cambiaba.

Hoy, una vez más, estamos entre la multitud. Con ramos en nuestras manos, recordamos a Jesús entrando en Jerusalén — recibido con alegría, aclamado como rey, rodeado de esperanza y expectativas. Pero esta procesión

no es solo una celebración del pasado. Es una pregunta que hoy se nos hace a nosotros.

¿Estamos dispuestos a seguir a Cristo solo cuando el camino es fácil y festivo — o también cuando conduce al sacrificio, a la humildad y a la cruz?

Al comenzar esta procesión del Domingo de Ramos, caminemos no solo con nuestras voces y nuestros ramos, sino con corazones abiertos, dispuestos a acompañar al Señor donde Él quiera ir.

Escuchemos ahora el Evangelio que recuerda la entrada del Señor en Jerusalén.

HOMILÍA 1: MATEO 21,1-11 — ANTES DE LA PROCESIÓN

Hace algunos años, una maestra pidió a sus alumnos que dibujaran la imagen de un rey. La mayoría de los niños dibujó coronas, tronos, castillos, soldados y banderas. Sin embargo, un niño dibujó a un hombre en bicicleta — sin corona, sin guardias — solo un hombre pedaleando por las calles, sonriendo y deteniéndose para hablar con la gente.

Cuando la maestra le preguntó por qué, el niño respondió: “Porque los mejores reyes son los que se acercan.” Ese niño comprendió algo muy importante.

Hoy, al reunirnos con ramos en las manos, la Iglesia nos invita a recibir a un Rey — pero no el tipo de rey que esperamos. Jesús entra en Jerusalén no en un caballo de guerra, sino en un asno. Ningún ejército marcha detrás de Él. Ningún estandarte anuncia su poder. En cambio, hay gente sencilla — pescadores, madres, niños, enfermos — extendiendo sus mantos en el camino y agitando ramas

cortadas de los árboles cercanos. No es una demostración de fuerza. Es una procesión de esperanza.

El pueblo grita: “¡Hosanna!” Esa palabra no significa un elogio educado. Significa: “¡Sálvanos!” Es el grito de personas cansadas de ser oprimidas, ignoradas, olvidadas. No están recibiendo a una celebridad. Están tendiendo la mano a alguien que creen que finalmente puede comprender su dolor. Y notemos esto: Jesús no los corrige. No silencia su esperanza. Se deja acoger — sabiendo muy bien que la misma ciudad pronto se volverá contra Él. Eso nos dice algo sobre el corazón de Dios.

Una vez visité una sala de hospital donde un hombre estaba muriendo solo. La enfermera me dijo: “No ha tenido visitas en semanas.” Cuando alguien finalmente se sentó junto a su cama, él abrió los ojos y susurró: “No pensé que alguien vendría.” Ese momento — silencioso, desapercibido por el mundo — fue una especie de Domingo de Ramos. Un rey que se acerca, no con poder, sino con presencia.

Así reina Jesús. Se acerca a la vida real de las personas. Entra en ciudades y corazones que están divididos, inseguros, inestables. Jerusalén lo recibe con alegría — pero es una alegría frágil. Sus expectativas son altas, y su comprensión es superficial. Quieren salvación sin sacrificio, victoria sin entrega. Si somos sinceros, no somos tan diferentes. Hoy llevamos ramos, pero también llevamos contradicciones. Alabamos a Cristo, y sin embargo nos cuesta seguirlo cuando el camino se vuelve exigente. Queremos bendición, pero no siempre la cruz que la acompaña. Y aun así — Jesús viene.

Una vez conocí a una mujer que dijo: “Dejé de ir a la iglesia porque pensaba que Dios estaría decepcionado de mí.” Regresó años después, no porque se sintiera digna, sino porque se sentía cansada. Dijo: “Me di cuenta de que no necesitaba impresionar a Dios. Solo necesitaba dejarlo entrar.” Eso también es Domingo de Ramos.

Jesús entra en Jerusalén sabiendo exactamente lo que le espera: traición, sufrimiento, muerte. Y sin embargo avanza con calma, deliberadamente, eligiendo el amor en

lugar de la seguridad. Esto no es debilidad. Es el valor más profundo.

Durante la mayor parte de su ministerio, Jesús estuvo activo. Sanó, enseñó, reconcilió, acogió a los niños, visitó hogares, compartió comidas y perdonó pecados. En estas acciones reveló el Reino de Dios — el amor que da vida. Pero desde el momento de su arresto en el Huerto de los Olivos, toda su actividad cesó. Ahora las cosas se hacían contra Él, a menudo con crueldad, injusticia y violencia. Fue traicionado por Judas, negado por Pedro, golpeado, burlado y entregado para ser ejecutado. Y sin embargo, en esta aparente impotencia, el amor de Dios brilló con más fuerza que nunca. El mismo amor que lo movió a sanar y reconciliar lo llevó ahora a soportar el sufrimiento y la muerte — un amor más fuerte que el pecado, más fuerte que el miedo, más fuerte que la muerte. Este es un mensaje para nosotros: también nosotros podemos dar a los demás incluso en momentos de debilidad, cuando nuestra vida parece fuera de control, cuando somos vulnerables o impotentes. Nuestra presencia, nuestra

paciencia, nuestras oraciones, nuestro amor silencioso — aun en formas pequeñas y ocultas — pueden dar tanta vida como grandes obras de servicio.

Y ahora estamos a punto de iniciar la procesión. En un momento pasaremos de escuchar a caminar — de oír la Palabra a encarnarla. Esta procesión no es una simple representación por nostalgia. Es una declaración. Estamos diciendo: Este es el Rey que elegimos seguir.

Una vez vi a una niña pequeña durante una procesión de Domingo de Ramos sosteniendo un ramo casi más alto que ella. A mitad del pasillo se cansó y comenzó a arrastrarlo por el suelo. Su padre le susurró: “No tienes que llevarlo perfectamente — solo no lo sueltes.” Tal vez esa sea la descripción más honesta del discipulado.

Al comenzar esta procesión, llevemos nuestro ramo no como símbolo de triunfo, sino como signo de confianza. Seguimos a un Rey que no promete victorias fáciles, pero que nunca nos abandona en el camino.

Mientras llevamos hoy los ramos, recordemos también el contraste entre la alegría y el sufrimiento que esta semana traerá. La multitud recibió a Jesús con hosannas, pero en pocos días gritará: “¡Crucifícalo!” Una semana puede cambiarlo todo. Lo que comienza con aplausos puede terminar en traición. Lo que empieza con celebración puede acabar en dolor. Y, sin embargo, el amor de Dios permanece constante. El camino de Jesús nos enseña que el amor es más poderoso no en los momentos de triunfo, sino en los de vulnerabilidad, debilidad y sufrimiento. Precisamente en el desierto de la prueba, cuando nos sentimos impotentes, estamos llamados a reflejar la misericordia, la compasión y la presencia fiel de Dios.

Caminemos con Él — en la alabanza y en la confusión, en la alegría y en el desafío — sabiendo que Aquel que hoy entra en Jerusalén es el mismo que llevará la cruz por nosotros. Y Él sigue acercándose a los heridos, a los cansados, a los asustados y a los solos.

HOMILÍA 2 (Mt 26,14–27,66) – De “¡Hosanna!” a la Cruz

Hace muchos años, una maestra llevó a sus alumnos de excursión a un gran teatro. Antes de que comenzara la función, los niños estaban inquietos. Luego, se levantó el telón. Las luces se atenuaron. La música creció. De repente, la multitud en el teatro estalló en aplausos. Un niño aplaudía más fuerte que los demás. Se puso de pie sobre su silla, vitoreando con entusiasmo, lleno de alegría y anticipación.

Unos minutos más tarde, ocurrió algo inesperado. La escena cambió. El héroe, antes admirado, fue de repente acusado, burlado y apartado. La multitud sobre el escenario se volvió contra él. Ese mismo niño dejó de aplaudir. Se sentó lentamente, confundido. Se volvió hacia su maestra y susurró: “¿Por qué hacen eso? Pensé que les gustaba.”

Esa pregunta es la pregunta del Domingo de Ramos.

Hoy, al escuchar la historia de la pasión de Jesús, vemos a la multitud recibirlo en Jerusalén con ramas de palma y

hosannas — y luego, casi sin respirar, escuchamos a esa misma ciudad gritar: “¡Crucifícalo!”

Dicen que una semana es mucho tiempo en política. Los políticos que se sienten seguros al inicio de la semana pueden encontrarse fuera del poder el viernes. Una semana también puede ser mucho tiempo en la vida. Lo que parece seguro al principio puede colapsar en días. La situación que comienza el lunes puede ser completamente diferente el viernes. Ser conscientes de esto lleva a muchas personas a vivir un día a la vez, dando a cada día la atención y el cuidado que merece.

¿Y qué semana podría ser más larga, más intensa, más trascendente que esta Semana Santa? El contraste es impactante. Al principio, Jesús es recibido con palmas, gritos de “¡Hosanna!” y clamores de bendición. Al final, las mismas voces exigen su muerte. La misma ciudad que lo recibió con alegría pide su ejecución. Aquel que entró humildemente en Jerusalén sobre un burro, es llevado después de unos días a la forma más cruel de ejecución romana: la cruz.

Y aun así, aunque nosotros que hoy levantamos las palmas sabemos cómo termina la historia, no somos meros espectadores. Esta historia es nuestra. La muerte de Jesús no es historia lejana; continúa en nuestra vida.

La seducción del aplauso

Hay algo embriagador en el aplauso. Todos lo conocemos. Lo deseamos. Queremos estar del lado ganador, del lado popular, del lado seguro. Es fácil aplaudir cuando no cuesta nada.

Anecdota tras anecdota de la vida cotidiana lo muestra: un político promete integridad pero la compromete para mantenerse en el poder; un empleado habla con firmeza sobre ética hasta que está en juego un ascenso; un adolescente sabe lo correcto, pero sigue a la multitud porque estar solo parece demasiado arriesgado.

Las multitudes en Jerusalén amaron a Jesús mientras cumplía sus expectativas. Querían un rey — pero no este tipo de rey. Querían un salvador — pero no uno que

hablara de sufrimiento. Querían milagros — pero no conversión. Querían palmas — no una cruz.

¿No es eso incómodamente familiar?

Judas: el discípulo que hizo los cálculos

Judas no sale corriendo dramáticamente. Calcula: “¿Qué me darán?” Treinta piezas de plata — el precio de un esclavo. A menudo, la traición no es dramática, sino práctica. Intercambiamos la fe por conveniencia. Vendemos el silencio por seguridad.

Hay una historia de un hombre que dijo: “Nunca negué a Dios.” Alguien respondió: “No — solo lo ignoraste cada día de tu vida.” Judas no dejó de seguir a Jesús físicamente. Dejó de confiar en Él en su corazón. Y eso puede sucedernos a cualquiera. Podemos asistir a misa, usar las palabras correctas, pero interiormente, hemos comenzado a negociar nuestra fe, reteniendo nuestro corazón.

Pedro: el discípulo que quería bien

Luego está Pedro — tan sincero, tan confiado, tan humano: “Aunque todos los demás te abandonen, yo no.”

Todos hemos pronunciado las palabras de Pedro en distintas formas: “Siempre seré fiel. Nunca caeré otra vez. Ahora soy más fuerte.” Sin embargo, el miedo puede deshacer el valor en un solo momento. Pedro niega a Jesús ante una sirvienta, no ante un soldado. Pequeños miedos, pequeños compromisos, traen colapso.

Hay una anécdota de un sacerdote que visitó una prisión. Un recluso dijo: “Padre, no me desperté un día planeando arruinar mi vida. Solo seguí haciendo pequeños compromisos.” Pedro nos enseña esta verdad: el colapso rara vez comienza con odio. Comienza con miedo, vacilación y compromiso.

Y aun así, Pedro llorará, y porque llora, será restaurado.

Jesús: amor silencioso y sufriente

En el centro de esta larga narrativa de la Pasión está Jesús — mayormente silencioso. No se defiende ante

Pilato. No maldice a quienes se burlan de Él. No desciende de la cruz.

Hay una historia de una madre cuyo hijo fue asesinado en un crimen violento. Años después conoció al responsable. En lugar de gritar, dijo: “No dejaré que tu odio tenga la última palabra en mi vida.” Ese momento cambió a ambos.

En la Cruz, Jesús hace lo mismo — a escala infinita. Absorbe el odio y responde con misericordia. Recibe la violencia y devuelve perdón. Esto no es debilidad. Este es el amor más fuerte que el mundo haya visto.

La Pasión de Jesús como amor activo en la debilidad

Durante la mayor parte del ministerio de Jesús, estuvo activo. Sanó, predicó, perdonó, acogió y reconcilié. En estas acciones se manifestó la presencia de Dios. Pero desde el momento de su arresto, la actividad de Jesús cesa. Ahora las cosas se hacen contra Él, a menudo cruel y injustamente.

Sin embargo, este no es un tiempo en que el amor se detenga. Se convierte, más bien, en un servicio más

profundo y radical. El amor que lo movió a sanar, enseñar y perdonar ahora lo impulsa a soportar sufrimiento, traición, humillación y muerte. En su impotencia, el amor vivificador de Dios se muestra más evidente que nunca.

Shakespeare llamó al sufrimiento “los dardos y flechas de la fortuna escandalosa.” Jesús los sufre todos. Y en su sufrimiento, nos revela que también nosotros podemos dar en tiempos de debilidad tanto como en tiempos de fuerza. Nuestra presencia, nuestras oraciones, nuestra compasión, nuestra solidaridad — estos también son actos de amor que proclaman el Reino de Dios.

¿Dónde estamos nosotros en la Pasión?

El Domingo de Ramos plantea una pregunta peligrosa:

¿Dónde estoy yo en esta historia?

- ¿Estoy en la multitud — alabando a Dios cuando es fácil, abandonándolo cuando cuesta?
- ¿Soy Judas — calculando, comprometiendo, manteniendo un pie en la seguridad?

- ¿Soy Pedro — amando a Jesús, pero temeroso de lo que la fe exige?
- ¿Soy el soldado — “solo haciendo mi trabajo,” evitando responsabilidad?
- ¿Soy una de las mujeres fieles — presente, doliente, pero firme?

La verdad es que todos somos cada uno de ellos en distintos momentos. Y aun así, Jesús camina el camino hacia el Calvario por cada uno de nosotros.

Semana Santa: de “¡Hosanna!” a la Resurrección

Al entrar en esta Semana Santa, se nos invita a disminuir la velocidad, a prestar atención, a dejar que la historia de la Pasión de Jesús toque nuestro corazón. La semana transcurre desde la bienvenida tumultuosa con palmas hasta la oscuridad más profunda del sufrimiento y la muerte. Pero sabemos que la historia no termina en la muerte. Pablo nos recuerda:

“Cristo, aunque era más humilde, hasta aceptar la muerte, la muerte en una cruz, Dios lo exaltó.”

El Triduo Pascual — Jueves Santo hasta la Vigilia Pascual — es la culminación sagrada de la obra redentora de Dios. La Pasión no es una historia de pérdida, sino de amor. Las palmas que llevamos a casa hoy no son simples recuerdos. Son recordatorios de que estamos llamados a caminar en este amor, fiel y valientemente, incluso cuando nos cueste.

Historia final

Permítanme terminar con una última historia.

Un hombre una vez talló un crucifijo de madera. Cuando estuvo terminado, alguien preguntó: “¿Por qué el rostro de Jesús es tan gentil, incluso en la cruz?”

El tallador respondió: “Porque si se viera enojado, tendría miedo de volver a Él cuando falle.”

El Domingo de Ramos no termina con aplausos. No termina con condena. Termina con un Señor crucificado cuyos brazos permanecen abiertos.

Al recorrer esta Semana Santa — a través de la traición, la negación, la burla, el miedo y el dolor — recordemos: Jesús camina con nosotros. Su amor es más fuerte que nuestro fracaso, nuestro miedo e incluso nuestro pecado. Y cuando las palmas hayan desaparecido, cuando los vítores se hayan apagado, que tengamos el valor de permanecer. Amén.

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Al comienzo de esta Semana Santa, estamos de pie bajo la Cruz de Cristo — una Cruz llevada libremente por Aquel que entró en Jerusalén no con poder, sino con humildad y amor.

Jesús nos enseñó esta oración para que nunca olvidemos

que somos hijos de un mismo Padre,
unidos a Dios y unos a otros.

Aquí nadie camina solo.

Aquí nadie queda abandonado con su carga.

Aquí incluso la fe frágil se sostiene en la esperanza.

Y así, confiando en el Dios que se acerca,
con un solo corazón y una sola voz,
oremos como el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te pedimos, de todo mal,
especialmente del miedo que nos hace apartarnos
cuando el camino de la fe se vuelve difícil.

Líbranos del deseo de victorias fáciles
y de la tentación de elegir el aplauso en lugar de la verdad,
la comodidad en lugar del valor,
los ramos sin la cruz.

Concédenos la paz en nuestros días —
una paz que no huya del sufrimiento,

una paz que permanezca fiel en la confusión,
una paz que nazca de la confianza en ti.

Mientras caminamos con tu Hijo desde la alegría de su
acogida

hasta la oscuridad de su Pasión, guárdanos de la
desesperación

y protégenos de volvernos indiferentes o temerosos.

Ayúdanos a permanecer con Él

cuando la multitud se disperse,

cuando el silencio reemplace los vítores

y cuando el amor exija más que palabras.

Fortalece nuestra esperanza mientras aguardamos la feliz
esperanza

y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios bueno y fiel,

hoy hemos recibido el Pan de la vida

dado por tu Hijo que recorrió el camino de la confianza
incluso cuando lo condujo al sufrimiento.

A veces nuestro corazón está lleno de alegría y esperanza; otras veces está cargado de miedo, confusión o duda.

En todo, Jesús puso su vida en tus manos.

Enséñanos, por medio de Él, a recorrer nuestro propio camino con confianza, incluso cuando no comprendemos plenamente la ruta.

Nunca permitas que nos separemos de ti. Cuando nuestra fe sea frágil, sostenla. Cuando tropecemos, levántanos.

Mantennos siempre dentro de tu amor.

Enséñanos, por tu Hijo, a no juzgar ni condenar, sino a mirar a cada persona con ojos de compasión.

Danos el valor de ofrecer nuevos comienzos, de alentar el bien en los demás, y de permanecer fieles incluso cuando nos cueste.

Porque Jesús está a favor de la vida — vida más fuerte que la muerte, amor más fuerte que la cruz — ahora y por siempre. Amén.

ANUNCIOS

A través de esta celebración, hemos pasado por la puerta del Domingo de Ramos y hemos entrado juntos en la Semana Santa.

Solo queda una semana hasta que celebremos la alegría de la Pascua.

Marquemos estos días venideros con pequeños signos de oración, silencio y reflexión, para que no pasen como cualquier otra semana.

El Dios que se acerca camina con nosotros en la alegría de la bienvenida y en la oscuridad de la cruz.

Caminemos también con su Hijo — a través de la intimidad del Jueves Santo, del sufrimiento del Viernes Santo, y hacia la esperanza y la vida nueva de la Pascua.

Les invito cordialmente a celebrar con nosotros las liturgias de la Semana Santa:

- el Jueves Santo, el Viernes Santo,
- y la Vigilia Pascual.

BENDICIÓN FINAL

Al comenzar esta semana sagrada,
pidamos a Dios su bendición:
Dios que es totalmente otro,
y sin embargo eligió acercarse;
Dios que es libre, y sin embargo permitió ser atado;
Dios que es fuerte,
y sin embargo reveló su poder en humildad y amor:

Enséñanos, por medio de tu Hijo,
cómo el mundo puede ser transformado —
no por la fuerza, sino por la misericordia;
no por el miedo, sino por la fidelidad.
Muéstranos cómo el amor puede vencer al odio,
cómo la esperanza puede surgir del sufrimiento,
y cómo la vida puede emerger incluso de la cruz.

Que este Dios bueno y fiel
nos bendiga, nos guíe y permanezca cerca de nosotros,
como amigo, compañero y hermano:
el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo.
Amén.

DESPEDIDA

Los ramos con los que hoy hemos recibido a Cristo
los llevamos ahora a nuestros hogares
y los colocamos junto a nuestra cruz o espacio de oración,
como recordatorio de que le pertenecemos —
no solo en momentos de alegría,
sino también en tiempos de prueba.

Que ustedes y todos sus seres queridos
entren profunda y orantemente
en el misterio de la Semana Santa,
y que este camino con Cristo
los conduzca a la renovación, la esperanza
y la vida nueva en la mañana de Pascua.

Vayamos ahora en la paz de Cristo.

Lunes de la Semana Santa – 30 de Marzo 2026

Is 42,1–7; Jn 12,1–11

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, visité a una amiga que cuidaba de una vecina anciana. Cada mañana llamaba a su puerta, la ayudaba a ordenar la casa, le llevaba el desayuno y pasaba un poco de tiempo simplemente conversando con ella. Un día le pregunté: “¿Por qué te tomas tantas molestias cada día? Ella casi no se da cuenta.” Ella sonrió y dijo: “Lo hago porque ella es importante. Eso es suficiente.”

Esta generosidad silenciosa y desinteresada nos recuerda la escena en Betania en el Evangelio de hoy. María, que ya había recibido el amor y la misericordia de Jesús, derrama una libra entera de perfume costoso sobre sus pies. Es un acto extravagante, realizado libremente, sin preocuparse por el costo ni por el juicio de los demás. La casa se llena de fragancia — una proclamación silenciosa de amor.

Al entrar en la Semana Santa, se nos invita a reflexionar: ¿cuántas veces permitimos que el miedo, la prudencia excesiva o el cálculo limiten nuestra generosidad? ¿Están nuestras vidas llenas de gestos de amor que, aunque pequeños o desapercibidos, honran a Cristo y llevan luz al mundo? Hoy preparamos nuestro corazón para recibir la misericordia de Dios, para que también nosotros podamos amar con entrega y gratitud.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo, tú aceptaste la amorosa devoción de María y revelaste la belleza de un corazón agradecido: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú te entregaste por nosotros en la Cruz sin contar el costo: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a seguirte en un amor generoso y entregado: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso,
cuyo Hijo se entregó por amor para nuestra salvación,
nos perdone las veces en que hemos medido nuestro
amor y retenido nuestra generosidad.

Que purifique nuestro corazón de todo egoísmo,
nos llene con la fragancia de Cristo
y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno,
en nuestra debilidad a menudo medimos y calculamos
donde tú simplemente nos llamas a amar.

Mira la entrega de tu Hijo,
que se dio sin reservas,
y enciende en nosotros el mismo espíritu generoso.

Concédenos que, fortalecidos por tu gracia,
sigamos fielmente a Cristo con nuestras palabras y obras,
ofreciendo nuestras vidas como un sacrificio fragante de

amor, para que nuestros corazones rebosen de
misericordia y compasión
hacia los que están necesitados.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Cuando era niño, recuerdo ver a mi abuela prepararse
para las visitas familiares. Sacaba su mejor mantelería,
encendía las mejores velas y cocinaba mucho más de lo
que cualquiera podía comer. Una vez le pregunté: “¿Por
qué todo esto por solo unas pocas horas?” Ella sonrió y
dijo: “El amor nunca se desperdicia.”

Esa sencilla sabiduría resuena en el Evangelio de hoy.

“Amar es lo único que crece cuando lo desperdiciamos”,
escribió Ricarda Huch. En Betania, al comienzo de la
Semana Santa, María parece entender esto de manera
instintiva. Ella ya había recibido un amor extraordinario de
Jesús. Escuchó su enseñanza. Fue testigo de cómo llamó

a su hermano Lázaro fuera del sepulcro. Su casa había sido tocada por su poder que da vida.

Habiendo recibido tal amor, no mide su respuesta.

En la cena en honor de Jesús, María toma una libra entera de nardo costoso — no una simple gota — y unge sus pies, secándolos con su cabello. La casa se llena de fragancia. Es un acto de extravagancia, humildad y devoción.

Judas protesta. Desde un punto de vista práctico, suena razonable: el perfume podría haberse vendido y el dinero dado a los pobres. Pero se están confundiendo categorías distintas. El amor no es una anotación en un libro de cuentas. El honor no se calcula en monedas. Lo que hace María no puede medirse en dinero.

Jesús la defiende.

Él no ve desperdicio, sino preparación. “Lo tenía guardado para el día de mi sepultura.” Al comienzo de una semana marcada por la traición y la violencia, una persona le ofrece un amor sin cálculo. Mientras otros se distanciarán,

María se acerca. Mientras otros lo humillarán, ella lo honra.

El Evangelio ya señala hacia la cruz. La fragancia en la casa anticipa los aromas de la sepultura. La ternura de María contrasta con la brutalidad que vendrá. En una semana en que Jesús lavará los pies de sus discípulos, María primero lava los suyos. Ella refleja su amor entregado.

La Semana Santa revela muchas respuestas ante Jesús: hostilidad, miedo, cálculo — y amor. El amor de María nace de la gratitud. Ella sabe que ha recibido gracia. Lázaro vive gracias a Jesús. La verdadera gratitud rara vez es moderada. Cuando sabemos que hemos recibido misericordia y vida, ¿cómo puede ser mezquina nuestra respuesta?

San Pablo dice: “Somos el aroma de Cristo.” La casa en Betania se llenó de perfume; nuestras vidas están llamadas a llevar la fragancia de Cristo a un mundo que a menudo huele a sospecha y juicio severo.

¿Cuántas veces pensamos más como Judas que como María — midiendo, cuestionando, reduciendo la bondad a eficiencia? El Evangelio nos invita a ver con los ojos de Jesús, a reconocer y defender el amor dondequiera que aparezca.

María también fortalece a Jesús para lo que está por venir. Antes de entrar en el sufrimiento, es sostenido por la bondad humana. Todos necesitamos esos momentos. Y estamos llamados a ser esa presencia unos para otros — llevando luz a la oscuridad de alguien.

Al final de la vida de mi abuela, encontramos velas sin usar y manteles cuidadosamente doblados en su armario, junto con notas sobre comidas preparadas para vecinos en tiempos difíciles. Mucho de lo que ella dio había sido olvidado por quienes lo recibieron. Pero el amor no se había desperdiciado. Nos había transformado. Permanecía, como una fragancia.

El perfume de María llenó la casa. El amor de Cristo llena el mundo. Y cuando nos atrevemos a amar sin cálculo —

cuando “desperdiciamos” amor por Él y unos por otros — esa fragancia permanece.

El amor nunca se desperdicia. Es el único don que crece cuando lo regalamos.

INVITACIÓN AL CREDO

Profesemos ahora nuestra fe,
la fe que hemos recibido en el Bautismo
y que estamos llamados a vivir con generosidad y amor.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como María puso a los pies de Jesús
lo que tenía más precioso,
coloquemos ahora sobre este altar
no solo pan y vino,
sino también nuestra gratitud, nuestro amor
e incluso los pequeños sacrificios de nuestra vida diaria.

Oren, hermanos y hermanas,
para que este sacrificio, mío y de ustedes,
sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

Que el Señor reciba de tus manos este sacrificio
para alabanza y gloria de su Nombre,
para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, estas ofrendas,
y concede que, así como María honró a tu Hijo con
perfume costoso,
también nosotros te ofrezcamos la fragancia de corazones
devotos.

Que el amor y la gratitud que traemos
sean sinceros, abundantes y sin medida,
brotando de corazones despertados por tu misericordia.

Transforma nuestras vidas en actos de generosidad y
compasión,
para que lo que celebramos en este altar
dé fruto en el servicio a los demás
y lleve alegría y sanación a tu Iglesia y al mundo.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en estos días santos revelas la profundidad de tu
amor:

tu Siervo elegido no quiebra la caña cascada
ni apaga la mecha que aún humea,
sino que camina fielmente por el camino del sufrimiento
para llevar la luz a las naciones.

En Betania fue ungido con amor
mientras se preparaba para ofrecerse en sacrificio.
La fragancia de aquella devoción
anunciaba el don mayor de la Cruz,
donde se entregaría por la vida del mundo.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,

y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

La fragancia del amor llenó la casa en Betania.
Por su Pasión y Resurrección,
Cristo ha llenado el mundo con la fragancia de la
misericordia divina.

Como hijos de un Padre que da sin medida
y perdona sin contar el costo,
oremos con confianza y gratitud:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente del miedo que nos impide amar
generosamente.

Líbranos de la estrechez de corazón
y de la tentación de medir lo que debe darse
gratuitamente.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
en la casa de Betania
aceptaste un gesto de amor tierno y generoso,
y tú mismo te hiciste nuestra paz
al entregarte a la voluntad del Padre en la Cruz.

No tengas en cuenta nuestros pecados — las veces en
que hemos juzgado, calculado o retenido el amor —
sino la fe de tu Iglesia,
que desea honrarte con corazones sinceros.

Llénanos de tu paz,
para que nuestros hogares, nuestras comunidades y
nuestro mundo

no estén marcados por la sospecha o la división,
sino por la fuerza serena del amor que se entrega.
Háznos instrumentos de reconciliación y esperanza,
para que otros sean atraídos hacia ti
por la fragancia de Cristo que hay en nosotros.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que aceptó la devoción
amorosa y se entregó completamente por nosotros.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El don de María llenó la casa de fragancia.
El don de Cristo ahora llena nuestro corazón.

Que el amor que hemos recibido aquí
no permanezca encerrado en nosotros,
sino que se difunda silenciosa y generosamente
allí donde seamos enviados.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos dones sagrados, Señor,
haz que sigamos el ejemplo de amor y devoción
manifestado en la Pasión de tu Hijo.

Así como María derramó su perfume en gratitud,
que nosotros derramemos nuestra vida en servicio,
bondad y misericordia,
llevando esperanza a los cansados, consuelo a los tristes
y valentía a quienes luchan.

Concede que la fragancia de Cristo que hemos recibido en
esta Eucaristía
siga llenando nuestro corazón, nuestros hogares y
nuestras comunidades,
para que, por nuestras palabras y obras,
otros encuentren tu amor, se fortalezcan en la esperanza
y se acerquen cada vez más a ti.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que fortaleció a su Hijo
por medio de la amorosa devoción de amigos fieles,
los fortalezca a ustedes en toda prueba
con el valor de amar sin medida. Amén.

Que haga de sus vidas una fragancia de esperanza,
misericordia y amor generoso en el mundo. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA:

El amor nunca se desperdicia.
Lo que se da generosamente por Cristo y por los demás
permanece como una fragancia mucho después de que el
momento haya pasado.

Martes de la Semana Santa – 31 de marzo de 2026

Is 49,1–6; Jn 13,21–33.36–38

INTRODUCCIÓN

«Un amigo, un buen amigo, es lo mejor que hay en el mundo», dice una conocida canción. Y sabemos cuán verdadero es esto. La vida sin amistad sería vacía y fría. Sin embargo, la amistad no se mide verdaderamente en los momentos fáciles. Se prueba cuando las cosas se vuelven inciertas — cuando la reputación está amenazada, cuando surge el miedo, cuando las expectativas se ven defraudadas.

Hay un antiguo dicho: «El amigo fiel se conoce en tiempos inciertos». Cuando todo va bien, muchos están a nuestro lado. Pero cuando las sombras se alargan, solo unos pocos permanecen.

En el Evangelio de hoy entramos en el Cenáculo. El ambiente es pesado. Jesús está profundamente conmovido en su espíritu. Uno de los suyos lo va a traicionar. Otro lo negará. Y, sin embargo, un discípulo se

inclina cerca de su corazón. Tres respuestas al mismo amor: traición, negación, fidelidad.

La Semana Santa nos hace a cada uno una pregunta suave pero profunda: ¿Qué clase de amigo soy yo para Cristo? Cuando la fe cuesta algo — cuando se vuelve incómoda, impopular o exigente — ¿permanezco? ¿Me alejo poco a poco? ¿Prometo mucho pero flaqueo por miedo?

La Buena Noticia es esta: incluso cuando fallamos, Él no nos niega. Lavó los pies de Judas. Lavó los pies de Pedro. Su amor es firme, paciente y fiel.

Al comenzar esta Eucaristía, pidamos la gracia de permanecer cerca de su corazón — y, cuando caigamos, tener la humildad de volver.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo, tú eres el Camino hacia el Padre y hacia los hermanos. Señor, ten piedad.

Tú eres la Verdad que brilla sobre nosotros en nuestra oscuridad. Cristo, ten piedad.

Tú eres la Vida que permanece fiel incluso cuando nosotros flaqueamos. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
que no se aparta de nosotros cuando fallamos,
sino que pacientemente nos llama de nuevo, como a Pedro después de su negación,
tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, cure las heridas de nuestra infidelidad y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno,
ayúdanos a celebrar el memorial de la Pasión de Cristo de tal manera que podamos alcanzar tu perdón

y aprender a permanecer fieles a tu Hijo incluso en tiempos de prueba e incertidumbre.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

En un tiempo de escándalo público, un conocido líder notó que muchos que antes lo alababan desaparecieron silenciosamente. Solo unos pocos permanecieron a su lado. Cuando alguien preguntó a uno de esos amigos leales por qué se quedó, respondió: «Es cuando las cosas se vuelven inciertas cuando descubres quiénes son tus verdaderos amigos». Cicerón escribió una vez: «El amigo seguro se conoce en asunto incierto».

En el Evangelio de hoy, la causa de Jesús se ha vuelto muy incierta. En la Última Cena, el ambiente es pesado. Jesús está profundamente turbado: «Uno de ustedes me va a entregar». La sombra de la cruz ya se extiende sobre

la mesa. Y en ese momento tenso, tres amistades aparecen con claridad.

Primero, está el discípulo a quien Jesús amaba. No tiene nombre, como invitándonos a poner allí el nuestro. Está recostado cerca del corazón de Jesús. Al comienzo del Evangelio, Jesús es descrito como el que está junto al corazón del Padre. Ahora este discípulo descansa junto al corazón de Jesús. Permanece. Sigue hasta el Calvario. Representa la amistad fiel — el amor que se queda.

Luego está Judas. Jesús le lava los pies. Le ofrece un bocado de pan — signo de honor y afecto. El amor de Jesús no hace distinciones. Sin embargo, Judas elige salir a la noche. Tal vez estaba desilusionado; tal vez esperaba un Mesías diferente. Cualesquiera que fueran sus motivos, cuando sus expectativas no se cumplieron, se apartó. Da un paso de la luz hacia la oscuridad.

Finalmente, Pedro habla con pasión: «Daré mi vida por ti». Su intención es sincera. Sin embargo, Jesús le dice que antes de que cante el gallo, lo negará tres veces. El

espíritu de Pedro está dispuesto, pero el miedo lo vencerá. A diferencia de Judas, sin embargo, el fracaso de Pedro no es el final. Después de la resurrección, Jesús le preguntará: «¿Me amas?» y la amistad herida de Pedro será renovada.

Tres hombres. Tres respuestas: traición, negación, fidelidad.

La mayoría de nosotros probablemente nos reconocemos en Pedro. Tenemos buena intención. Prometemos mucho. Sin embargo, cuando llega el momento de la prueba, flaqueamos. La Semana Santa nos pregunta: ¿qué clase de amigo somos cuando la fe se vuelve costosa o incierta?

El Evangelio nos asegura que el amor del Señor nunca vacila. Lavó los pies de Judas. Lavó los pies de Pedro. Entrega su vida por ambos. Su amor no es recompensa por nuestra fortaleza. Pero no fuerza nuestra respuesta. Debemos elegir si permanecemos cerca de su corazón, si nos alejamos, o si regresamos después de caer.

Se cuenta la historia de un hombre moribundo que una vez dijo a un sacerdote: «He negado al Señor tantas veces». El sacerdote le preguntó suavemente: «¿Pero Él te ha negado alguna vez?» El hombre susurró: «No». «Entonces comienza por ahí», dijo el sacerdote.

Esa es nuestra invitación en esta Semana Santa: comenzar de nuevo, permanecer cerca del corazón de Cristo y confiar en que, incluso cuando flaqueamos, su amor fiel siempre nos espera para restaurarnos.

INVITACIÓN AL CREDO

Profesemos ahora nuestra fe, la fe que nos sostiene incluso en los momentos de prueba, y renovemos nuestra confianza en Cristo, que nunca nos niega.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar el pan y el vino en el altar, presentamos también nuestras frágiles promesas, nuestros miedos y nuestro deseo de permanecer cerca de Cristo. Pidamos al Padre que reciba estos dones y fortalezca nuestra amistad con su Hijo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, los dones que te ofrecemos,
y concede que, participando en este santo misterio,
aprendamos de tu Hijo
a amar con fidelidad y a confiar en tu misericordia.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en esta semana santa
nos revelas la profundidad del amor de tu Hijo:
traicionado por un amigo, negado por un discípulo,
y, sin embargo, fiel hasta la muerte.

En Él vemos que tu misericordia
es más fuerte que nuestra debilidad
y tu luz más brillante que nuestra oscuridad.

Por Él los ángeles alaban tu gloria,
las Dominaciones te adoran
y las Potestades tiemblan ante ti.
Los cielos y las Virtudes celestiales
y los santos Serafines te celebran unidos en alegría.
Permítenos asociarnos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

En la Última Cena, en el mismo momento en que la
traición y la negación estaban cerca, Jesús habló del
Padre. Incluso en su angustia, confió.

También nosotros somos hijos que a veces prometemos
mucho y fallamos, pero nunca somos abandonados. Con
confianza en el amor fiel de Dios — un amor que no nos
niega — oremos juntos con las palabras que el Salvador
nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males —
de la oscuridad de la traición,
del miedo que conduce a la negación
y del desaliento que nos tienta a alejarnos.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
permanezcamos cerca del corazón de tu Hijo,
fieles en tiempos de incertidumbre
y suficientemente humildes para volver cuando caemos,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
la noche en que fuiste entregado
no retiraste tu amor.
Conocías la debilidad de tus discípulos,
y, sin embargo, les ofreciste la paz.

No tengas en cuenta nuestros pecados —
ni las veces que te hemos negado con palabras o
acciones, ni los momentos en que hemos mantenido
distancia — sino la fe de tu Iglesia,
que desea permanecer cerca de tu corazón.

Concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Este es el Señor que lavó los pies de Judas,
que miró con misericordia a Pedro después de su
negación, que permanece fiel cuando nosotros somos
débiles.

Dichosos los invitados a la Cena del Señor —
dichosos los que eligen permanecer cerca de su corazón.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El discípulo amado descansó junto al corazón de Jesús.

Pedro cayó, pero fue restaurado.

Judas salió a la noche.

Hoy hemos recibido el Corazón de Cristo en la Sagrada Comunión.

Permanezcamos allí — no confiando en nuestras propias fuerzas, sino en su amor fiel que nunca nos niega.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concede, Dios todopoderoso,
que quienes hemos recibido el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo permanezcamos cerca de su corazón
y, renovados por este santo sacramento,
crezcamos en amor fiel y en esperanza firme.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Padre, que los llamó por su nombre,
los mantenga firmes en la amistad con su Hijo. Amén.

Que el Hijo, que los amó hasta el extremo,
los restaure cuando flaqueen y los fortalezca en la prueba.
Amén.

Que el Espíritu Santo,
que permanece con la Iglesia en todo tiempo,
los guíe en la fidelidad y en la paz. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, permaneciendo cerca del corazón de Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA: -

Cuando fallamos, Cristo no nos niega.

La Semana Santa nos invita simplemente a comenzar de nuevo — y a permanecer cerca de su corazón.

Miércoles de la Semana Santa – 1 de abril de 2026
Is 50,4–9; Mt 26,14–25

INTRODUCCIÓN

“¿Cuánto vale una vida humana?”

La historia ha dado respuestas estremecedoras a esa pregunta. A veces la vida humana ha sido tratada como algo prescindible, desechable, incluso negociable. Y sin embargo, cuando pensamos en aquellos a quienes amamos, decimos instintivamente: una vida humana no tiene precio.

En el Evangelio de hoy, sin embargo, escuchamos una pregunta que hiela el corazón:

“¿Cuánto me darán si se lo entrego?”

Y contaron treinta monedas de plata.

Treinta monedas — el precio de un esclavo. El precio del rechazo. El precio del desprecio.

Pero el Evangelio no nos permite quedarnos a una distancia segura y simplemente condenar a Judas.

Cuando Jesús dice: “Uno de ustedes me va a entregar”, cada discípulo pregunta: “¿Acaso soy yo, Señor?” No señalan con el dedo. Miran dentro de sí mismos.

La Semana Santa nos invita a hacer lo mismo.

Quizá nunca negociemos a Cristo por plata, pero ¿cuántas veces cambiamos la fidelidad por la comodidad, el silencio por el valor, la conveniencia por el amor? ¿Cuántas veces nos alejamos de Él por pequeños compromisos del corazón?

Sin embargo, hay esperanza. El Pastor que es rechazado no deja de amar a sus ovejas. El Siervo cuyo rostro es golpeado no responde con odio. El Señor que es traicionado continúa entregándose en la Eucaristía.

Al entrar en esta sagrada celebración, traigámosle no plata, sino nuestros corazones sinceros e imperfectos — confiando en que su amor no está en venta y su misericordia es más grande que nuestras faltas.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo, tú conoces el dolor de la traición y la tristeza del amor herido. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú permaneciste fiel incluso cuando tus amigos vacilaron y huyeron. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Buen Pastor, tú nos miras con misericordia y nos llamas de nuevo a la comunión. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados nacidos de la debilidad y del miedo, nos restaure cuando nos hemos desviado y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios santo y fiel, tu Hijo aceptó la traición y el sufrimiento para revelar la profundidad de tu amor redentor.

Concédenos que, en estos días santos, examinemos nuestro corazón con sinceridad, nos unamos a Cristo con fe renovada y lo sigamos por el camino de la obediencia y la confianza. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,

que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre descubrió una antigua moneda de plata mientras limpiaba su desván. Imaginó que debía valer algo importante. Pero cuando la llevó a examinar, le dijeron que tenía poco valor — era una moneda común, usada en otro tiempo para pagar a trabajadores no deseados. “¿Tan poco?”, preguntó. “Sí”, respondió el experto, “pero para lo que fue usada — eso es lo que le da peso.”

Hoy escuchamos hablar de treinta monedas de plata. Solo Mateo nos dice el precio exacto pagado por la traición de Jesús. Al hacerlo, nos remite al profeta Zacarías, donde un pastor enviado por Dios es despedido por la misma cantidad — treinta monedas de plata — una suma que expresaba desprecio. El pastor había cuidado fielmente al pueblo, y sin embargo su servicio fue pagado con rechazo.

La historia se repite. Una vez más, el Pastor enviado por Dios está ante su pueblo. Una vez más, no es reconocido.

Una vez más, se cuentan treinta monedas de plata — el precio del desprecio.

Pero el Evangelio no nos deja observar a Judas desde lejos. Cuando Jesús dice: “Uno de ustedes me va a entregar”, cada discípulo pregunta: “¿Acaso soy yo, Señor?” No se acusan entre sí; examinan su propio corazón.

En el relato de Mateo, los discípulos llaman a Jesús “Señor”. Solo Judas dice “Rabí”. Los otros hablan desde la fe — una fe imperfecta. Porque aunque solo Judas lo traicionará, los demás pronto lo abandonarán, y Pedro lo negará. La fe y la fragilidad pueden coexistir. Los discípulos son hombres de “poca fe”, y quizá ahí es donde muchos de nosotros nos encontramos.

“¿Acaso soy yo, Señor?” es también una pregunta para nosotros. Tal vez nunca entreguemos a Jesús, pero cada vez que no vivimos según el amor que profesamos — cuando descuidamos a los más vulnerables, callamos ante

la injusticia o elegimos la comodidad antes que la fidelidad — nos alejamos de la comunión con Él.

Sin embargo, la traición no tiene la última palabra. Judas cayó en la desesperación, creyendo que no había camino de regreso. Pedro lloró y descubrió la misericordia. Esa es la esperanza de la Semana Santa: si nosotros somos infieles, Él permanece fiel. Dios puede sacar bien incluso de nuestros fracasos. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.

Se cuenta que un niño, después de hablar duramente a su madre, dejó una pequeña moneda sobre la mesa como si quisiera pagar el daño. Por la mañana, la moneda seguía allí, con una nota al lado: “Mi amor no está en venta.”

Treinta monedas de plata pueden medir el rechazo humano. Pero nunca podrán medir el amor de Cristo. En esta Semana Santa, traigámosle no plata, sino nuestros corazones imperfectos — confiando en que el Buen Pastor permanece fiel a sus ovejas.

INVITACIÓN AL CREDO

Hermanos y hermanas, renovemos ahora nuestra fe en Cristo, el Siervo fiel, que fue entregado por nosotros y permanece siempre fiel a su promesa de salvación.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, así como Judas puso en sus manos monedas de plata, nosotros colocamos ahora sobre este altar pan y vino. No ofrezcamos al Señor el precio de la indiferencia, sino el don de corazones arrepentidos y confiados, pidiéndole que transforme nuestra debilidad en amor fiel.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
ponemos ante ti estos dones de pan y vino,
signos de nuestra vida — nuestra fe y nuestra fragilidad,
nuestra lealtad y nuestra inconstancia,
nuestro amor y nuestros momentos de debilidad.
Tú sabes cuán fácilmente vacilamos,
cuántas veces preguntamos: “¿Acaso soy yo, Señor?”,

mientras aún retenemos partes de nuestro corazón.

Así como tu Hijo aceptó la traición
y la transformó en ofrenda de redención,
transforma ahora estos sencillos dones
y transfórmanos a nosotros con ellos.

Purifícanos de compromisos ocultos, sana las heridas que
hemos causado con nuestras faltas, y enséñanos una
fidelidad que no dependa de la conveniencia ni del miedo.
Que este sacrificio nos acerque más al Pastor que
permanece fiel y haga de nuestra vida una ofrenda sincera
y agradable a ti. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque, aunque fue rechazado y vendido por precio de
esclavo, tu Hijo permaneció como el Siervo obediente,
cumpliendo las Escrituras
y confiándose a ti, que juzgas con justicia.

En Él contemplamos el rostro del amor herido,
un amor que no devuelve mal por mal, sino que redime;
un amor que no desespera, sino que salva.
Por Él, la tristeza de la traición
se convierte en puerta de misericordia,
y el fracaso humano es acogido por la fidelidad divina.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

En la mesa de la Última Cena, aun cuando la traición ya
estaba en marcha, Jesús llamó amigos a sus discípulos y
les enseñó a llamar a Dios Padre.

Aunque nuestra fe sea pequeña y nuestra lealtad
imperfecta, seguimos siendo hijos suyos. Confiando en la
misericordia que nunca nos abandona y deseando volver
plenamente a la comunión con Él, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente de aquellos males sutiles
que alejan nuestro corazón de ti —
de la indiferencia que enfría nuestro amor,
del miedo que silencia nuestro testimonio,
del compromiso que debilita nuestra fidelidad.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
no caigamos en la desesperación cuando tropezamos
ni abusemos de tu gracia,
sino que aprendamos a confiar más profundamente
en el amor que es más fuerte que la traición.

Líbranos de la desesperación que venció a Judas
y concédenos las lágrimas de Pedro —
lágrimas que abren la puerta a la misericordia.

Mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, la noche en que fuiste entregado
no retiraste tu don de la paz.

Aun conociendo la debilidad de tus amigos,
los amaste hasta el extremo.

No tengas en cuenta nuestros pecados
ni las veces que hemos fallado en el amor,
sino la fe de tu Iglesia — una fe muchas veces frágil, pero
siempre orientada hacia ti.

Sana las divisiones nacidas del egoísmo y del miedo.
Restaura la confianza donde ha sido quebrantada.
Fortalécenos para permanecer contigo
no solo en los momentos de devoción,
sino también en las horas de prueba.

Concédenos la paz que el mundo no puede dar —
una paz arraigada en el perdón,
fundada en la misericordia y sostenida por tu amor fiel.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que fue entregado por nosotros
y quita el pecado del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Treinta monedas de plata no pudieron medir su valor.

Nuestros fracasos no pueden disminuir su amor.

En esta Eucaristía, el Buen Pastor se entrega de nuevo —
no vendido, sino ofrecido libremente.

Permanezcamos con Él, fieles en lo pequeño, confiando
en que su misericordia es más grande que nuestra
debilidad.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos dones sagrados, Señor,
haz que quienes hemos participado del Cuerpo y la
Sangre de tu Hijo
seamos fortalecidos en la fe y renovados en la fidelidad.

Cuando seamos tentados a apartarnos,
atráenos de nuevo con tu misericordia,
para que caminemos firmemente con Cristo
hacia la Cruz y hacia la gloria que la sigue.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

El Señor los bendiga y los mantenga fieles en el tiempo de
la prueba. Amén.

Que Él los fortalezca cuando su fe sea débil
y los levante cuando caigan. Amén.

Que caminen durante estos días santos
confiando en la misericordia de Cristo,
cuyo amor no está en venta. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Treinta monedas de plata miden el rechazo humano.
La Cruz revela el amor divino.

Cuando escuches la pregunta: “¿Acaso soy yo, Señor?” —
que no te lleve a la desesperación,
sino a una confianza más profunda en la misericordia que
nunca falla.

Jueves de la Cena del Señor - 11.04.2026

Ex 12,1-8.shift11-14; 1 Cor 11,23-26; Jn 13,1-15

ANTES DE LA LITURGIA (PARA LEERSE DE MANERA MEDITATIVA):

Lector: Esta tarde nos hemos reunido para celebrar el memorial de la Última Cena de Jesús con sus discípulos, en la noche antes de su muerte.

En aquel tiempo, en Jerusalén, los amigos de Jesús aún no sabían que su Señor moriría en la Cruz al día siguiente — y que aquella sería su última comida junto a Él. Por eso es muy comprensible su asombro ante el lavatorio de los pies. ¡Un anfitrión que lava los pies de sus invitados! ¡Eso es algo verdaderamente sorprendente!

En esta hora, los cristianos de todo el mundo se reúnen para recordar juntos la Última Cena de Jesús. También nosotros nos hemos congregado para unirnos a este recuerdo universal.

Por eso les doy una cordial bienvenida a nuestra celebración del Jueves Santo. Hoy entramos en una serie

de liturgias muy especiales: en el Jueves Santo, en el Viernes Santo y en la Vigilia Pascual queremos hacer tangible el misterio de nuestra fe — y vivirlo profundamente.

Somos invitados a sumergirnos en nuestra tradición viva que, desde hace casi dos mil años, invita a las personas a redescubrir su fe una y otra vez.

Sintonizémonos con este Dios; abramos nuestro corazón a las palabras y a los gestos de Cristo, para que esta hora nos marque profundamente y para que la fe, la esperanza y la caridad crezcan en nosotros.

– breve silencio –

El sacerdote entra con los monaguillos

- En el nombre del Padre...

Jesús, que nos mostró su amor hasta el extremo y que esta tarde nos invita especialmente a esta mesa, esté con todos ustedes.

INTRODUCCIÓN 1

Algunas personas escriben memorias para orientar el recuerdo de ellas en la dirección que desean; muchas veces también para no ser olvidadas demasiado pronto. Otras levantan monumentos, o se levantan monumentos en su honor, para mantener vivo su recuerdo.

Jesús no escribió libros ni dejó monumentos. En su comida de despedida confió a sus discípulos dos gestos sencillos que debían ayudarles a recordarlo, pero que también debían marcar toda su vida según su espíritu. Como un esclavo les lavó los pies, y como uno de ellos compartió el pan y el vino. Con estos dos signos mantenemos vivo su recuerdo. Se han convertido para nosotros en un santo sacramento del cual dejamos que nuestra vida sea modelada. Al reflexionar sobre estos signos del amor de Cristo — el lavatorio de los pies y el compartir el pan y el vino — reconozcamos las veces que no hemos vivido plenamente según su espíritu y, con corazón humilde, volvamos a Dios buscando su misericordia y su perdón.

O BIEN

INTRODUCCIÓN 2

Con la ayuda de palabras clave podemos interiorizar algo y llevarlo con nosotros. El Jueves Santo nos ofrece tres palabras clave para nuestro camino.

Primera: “¿Recuerdas?”

En la Carta a los Corintios, que contiene el relato más antiguo de la Última Cena, encontramos la frase: “Hagan esto en memoria mía.” Esto significa simplemente: “Acuérdense de mí.” Estamos invitados a recordar todo lo que Jesús ha hecho por nosotros. Lo hacemos en cada celebración de la Eucaristía. Lo recordamos, pensamos en Él y podemos agradecer que esté para nosotros. En alemán las palabras pensar y agradecer tienen la misma raíz. Este recuerdo nos protege del olvido, porque nos hace conscientes de dónde ha actuado el Señor en nuestra vida — y dónde sigue actuando. “¿Sabes lo que este Jesús hace por ti?”

Segunda: “¡Tómenlo como ejemplo!”

“Les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes”, dice el Señor después de lavar los pies a los suyos. El Señor realiza el servicio de un esclavo y nos da ejemplo. Cambia completamente nuestro modo de pensar y de actuar. Nos llama a ser diferentes. “No será así entre ustedes”, dice a los discípulos que discutían por los primeros puestos. Tomémoslo como ejemplo. Dejémonos formar por su humildad, su amor y su actitud de corazón.

Tercera: “¡Permítelo!”

Pedro no quiere que le laven los pies. Jesús le responde: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo.” ¿Siempre nos resulta fácil permitir realmente que la cercanía y el amor de Dios entren en nuestra vida? Pedro tuvo que permitir que Jesús se arrodillara ante él y le lavara los pies. Solo cuando lo permitió comenzó a comprender lo que Jesús quería decir. Esta apertura, esta disposición a dejar hacer, puede ayudarnos a comprender cada vez más profundamente a Dios en nuestra vida.

Al recordar, seguir y permitir el amor de Cristo en nuestra vida, reconozcamos nuestras faltas y acerquémonos al Señor con el corazón abierto, dispuestos a recibir su misericordia y a ser renovados en su servicio.

ACTO PENITENCIAL

Invocaciones del Kyrie 1

Señor Jesucristo,

Señor Jesús, tú te nos das bajo los signos del pan y del vino. Señor, ten piedad.

Nos muestras tu amor haciéndote servidor de todos.

Cristo, ten piedad.

Eres nuestro Redentor porque aceptaste tu pasión. Señor, ten piedad.

O BIEN

Invocaciones del Kyrie 2

Señor Jesús, tú te arrodillas ante nosotros y lavas nuestros pies, humillándote para servir. Señor, ten piedad. Te entregas a nosotros en el Pan y en el Vino, ofreciendo

tu vida por la nuestra. Cristo, ten piedad.

Nos llamas a amarnos y servirnos unos a otros como tú nos has amado. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Oración de absolución 1

Jesús, que se humilló para servir y entregó su vida por nosotros por amor, nos llama a abrir el corazón a su misericordia.

Que Él nos limpie del polvo de nuestro orgullo y de las manchas de nuestros pecados, y nos fortalezca para caminar por su camino de amor y servicio. Amén.

O BIEN

Oración de absolución 2

Cristo, que se arrodilló para lavar los pies de sus discípulos y entregó su Cuerpo y su Sangre por la vida del mundo, derrama su misericordia sobre nosotros.

Que Él perdone nuestros pecados, sane nuestro corazón y nos transforme para seguir su ejemplo de amor humilde y servicio fiel. Amén.

ORACIÓN COLECTA

(Dicha después del Gloria o tomada del Misal)

Dios bueno y misericordioso, con reverencia recordamos en esta tarde especial la Última Cena de tu Hijo con sus amigos y las últimas horas de Jesús.

Él nos confió esta comida para celebrarla.

Lavó los pies a sus discípulos; compartió el pan con ellos y les dio a beber del cáliz.

En Jesús nos has dado también un mandamiento nuevo: Así como tú nos has amado, también nosotros debemos estar unos para otros y amarnos mutuamente.

Pero tú sabes que esto no siempre nos resulta fácil. Ten paciencia con nosotros y no retires nunca tu amor de nosotros, incluso cuando hayamos fallado.

Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor y Dios, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1 – “EL CAMINO DEL AMOR Y DEL SERVICIO”

Historia inicial 1:

Un viajero entró una vez en una ciudad llena de movimiento y vio a un anciano arrodillado en la calle, lavando los pies de un mendigo. Intrigado, le preguntó: “¿Por qué haces esto por alguien a quien apenas conoces?” El anciano levantó la mirada y respondió: “Porque al servir a los demás aprendo a amar como yo he sido amado.” Aquella escena sencilla refleja lo que contemplamos en el Cenáculo en el Jueves Santo.

Historia inicial 2:

Un niño observaba cada tarde a su abuela lavar los platos en silencio y con paciencia. Un día le preguntó: “Abuela, ¿por qué haces todo este trabajo por nosotros?” Ella sonrió y dijo: “El amor no consiste en hacer cosas grandes; consiste en servir con el corazón, incluso en los momentos pequeños y ocultos.” Como aquella abuela, Jesús nos muestra que el amor se expresa profundamente en el servicio humilde.

Reflexión principal:

En aquella noche, Jesús compartió una última comida con sus discípulos, una comida que marcaría para siempre la vida de la Iglesia. Tomó el pan, tomó el vino; sin embargo, el Evangelio de Juan destaca otro gesto extraordinario: el lavatorio de los pies. Jesús se levantó, se quitó el manto, se ciñó una toalla y se arrodilló ante sus amigos. Lavó pies polvorientos, pies que habían recorrido largos caminos, pies que a veces habían vacilado en la fe.

Pedro protestó: “Señor, ¡no me lavarás los pies jamás!” Pero Jesús respondió: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo.” La comunión con Cristo no consiste solo en estar físicamente cerca de Él o seguirlo exteriormente. Consiste en permitirle transformar nuestro corazón, lavar el polvo del pecado y del orgullo, y prepararnos para vivir en su amor.

El amor nunca es pasivo. El amor se arrodilla, se humilla y toca donde más se necesita. Jesús no lavó solamente los pies del discípulo amado Juan. Lavó incluso los pies de Judas, sabiendo que la traición estaba cerca. El amor no

excluye. Entra en la oscuridad y no la deja intacta. Esto nos enseña que nuestro servicio a los demás — a los débiles, a los enfermos, a los solos — es más que caridad. Es el camino hacia la verdadera comunión con Dios y entre nosotros.

Anécdotas:

1. Una vez visité un hospital donde voluntarios lavaban los pies de ancianos antes de la Pascua. Muchos dudaban, con orgullo o vergüenza, como Pedro. Al final, sus rostros brillaban con sonrisas y gratitud. Los gestos sencillos de amor elevan el corazón, restauran la dignidad y hacen presente el Cenáculo.
2. Una maestra dedicó horas a ayudar a un alumno con dificultades para aprender a leer. El niño se impacientaba y se frustraba. Pero con paciencia y ternura, finalmente logró aprender. Más tarde dijo: “Usted creyó en mí cuando nadie más lo hacía.” Ese acto reflejó el ejemplo de Jesús: el amor eleva al otro, aunque requiera humildad y esfuerzo.

En nuestra vida diaria, los actos de servicio pueden ser pequeños: una palabra amable a un compañero de trabajo, paciencia con un niño que aprende, compartir tiempo con quien se siente olvidado. Cada gesto refleja el ejemplo de Jesús y crea comunión.

La conexión eucarística:

La Eucaristía brota de este mismo principio. Cristo se entrega completamente en el pan y el vino. Cada vez que comulgamos somos llevados al Cenáculo. Contemplamos el amor que se derrama, el amor que se arrodilla y transforma. La Comunión no es solo recibir alimento espiritual, sino ser enviados a servir. Cada acto de servicio se convierte en una Misa vivida cuando se realiza por amor.

Historia final:

En un pequeño pueblo, una maestra colocó un recipiente con agua delante de sus alumnos y les lavó los pies. Al principio rieron y se sintieron incómodos. Con el tiempo comprendieron algo inolvidable: el amor no se mide por grandes logros, sino por saber inclinarse y servir sin

esperar nada. Esa es la lección del Jueves Santo. Ese es el camino de Jesús: amor que se arrodilla, amor que transforma, amor que permanece. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

En esta noche santa, en la que celebramos el don del Cuerpo y la Sangre del Señor y su mandamiento nuevo del amor, profesemos ahora nuestra fe en Dios, que nos ha amado primero y nos llama a vivir en comunión con Él y entre nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Colocamos sobre este altar no solo el pan y el vino, sino también nuestra vida, nuestras alegrías y nuestros temores, nuestras luchas y nuestras esperanzas.

Al ofrecer estos dones, abramos el corazón a Dios y pidámosle que los transforme en signos de amor y de servicio para el mundo. Oremos para que sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios bueno y misericordioso, lo que hacemos cada domingo lo hacemos hoy con especial conciencia: hemos preparado el altar con pan y vino para la Santa Cena. Y junto a ellos hemos puesto nuestra alegría, nuestro entusiasmo, pero también el dolor y los temores de nuestros hermanos.

Ahora compartes esta comida con nosotros — como una vez lo hiciste con tus discípulos. Sí, Señor, entra en nuestra vida. Transfórmala. Transforma nuestro pensar y nuestro actuar.

Concédenos vivir cada vez más los unos para los otros, así como tú vives para nosotros. Pronto estarás presente — bajo las especies de pan y vino. También estás presente donde actuamos según tu palabra y tu ejemplo. Quédate con nosotros.

Hemos puesto sobre el altar nuestra alegría y entusiasmo, pero también el dolor y los temores de nuestros hermanos.

Sé la fuerza del amor que nos acerque unos a otros. Sé la fuerza de la paz que nos abra a la reconciliación.

Sé la fuerza de la justicia que nos permita hacer justicia unos a otros, que nos ayude a ver las preocupaciones y necesidades, las alegrías y talentos de los demás.

Quédate con nosotros por medio de Jesús, que hoy se nos hace presente en el pan y el vino y todos los días de nuestra vida. Amén.

PREFACIO

(Se toma el Prefacio propio del Jueves Santo del Misal Romano.)

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Dios bueno y misericordioso, especialmente hoy nos sabemos unidos a todos los que, en el mundo entero, se reúnen en tu nombre en memoria de esta noche.

Recordamos a nuestra parroquia, a nuestra diócesis y a la Iglesia extendida por toda la tierra. Nos has reunido

alrededor de esta mesa, en memoria de tu Hijo, como una familia en torno a la comida.

Y ahora los invito, como hermanos y hermanas de Jesús, a rezar con confianza la oración que Él mismo nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días.

Por el ejemplo de tu Hijo, que se arrodilla para servir, y por el don de su Cuerpo y de su Sangre, fortalécenos para amarnos unos a otros, para perdonar como hemos sido perdonados y para vivir en humilde servicio.

Guárdanos de todo peligro, guía nuestros pasos en la fe y llena nuestro corazón de valentía para afrontar las pruebas con esperanza.

Da ánimo a los que sufren, consuelo a los que están solos y libertad a los que viven oprimidos por el pecado o el miedo.

Conduce a todos los pueblos a tu alianza eterna de amor y une a tu Iglesia en el testimonio, la oración y la caridad.

Concédenos esto mientras esperamos con esperanza la venida gloriosa de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú has reconciliado al mundo con Dios por tu Cuerpo y tu Sangre, derramados por amor incluso por aquellos que te traicionarían.

Al ofrecernos el signo de la paz, que este gesto nos recuerde tu ejemplo: arrodillarte para lavar los pies de tus amigos, humillarte para servir y entregar tu vida en alianza de amor.

Haznos instrumentos de tu paz en nuestras familias, comunidades y en el mundo.

Donde haya orgullo, que sepamos servir con humildad;
donde haya miedo, que sepamos compartir valentía;
donde haya pecado o traición, que sepamos perdonar y restaurar;

donde haya sufrimiento o desesperanza, que llevemos esperanza y consuelo.

Que la paz que damos y recibimos esta noche llegue a todos los que tienen hambre de amor, justicia y reconciliación, y que nos fortalezca para vivir como discípulos que sirven y aman como tú nos has amado.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Al acercarnos a esta mesa, recordemos cómo Jesús se arrodilló para lavar los pies de sus discípulos y entregó su Cuerpo y su Sangre en alianza de amor por todos.

Que esta santa comida transforme nuestro corazón para que también nosotros sepamos servirnos unos a otros con valentía, humildad y amor. Dichosos los invitados a esta Cena del Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios bueno y misericordioso, nos envías a vivir lo que tu Hijo Jesús nos ha mostrado. Haz de nosotros personas que se sirven mutuamente. Tú nos has perdonado.

Nos has acogido. Fortalécenos para transmitir este amor. Danos valor para seguir el camino con Jesús.

Ayúdanos a trabajar por la paz en el mundo, que una vez más ha sido amenazada por la guerra. Ayúdanos a ver a quienes necesitan nuestra ayuda y nuestro cuidado. No permitas que pasemos de largo.

Muéstranos dónde somos necesarios, dónde podemos ofrecer atención y amor. Donde tengamos poder, que lo ejerzamos como servicio, siempre buscando el bien de los demás.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

ANTES DEL TRASLADO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Lector: Después de la Cena, Jesús sale al Huerto de Getsemaní y comienza el camino del sufrimiento. Por eso, trasladamos las custodias con el Cuerpo del Señor a un lugar fuera del tabernáculo.

Cristo ya no tiene morada humana.

El legado de su amor —mi Cuerpo, entregado por ustedes,

y mi Sangre, derramada por ustedes y por muchos— se cumple en la Cruz.

Sí, al final, la piedra desnuda del sepulcro se convierte en el lugar donde Él sella su testamento de amor. El altar desnudo, despojado de su decoración habitual, se convierte entonces en un signo del amor entregado de Jesús.

Procesión breve / traslado del Sacramento a un lugar adecuado...

Tantum ergo...

ORACIÓN EUCARÍSTICA ANTE EL TABERNÁCULO

P.: Señor Jesucristo, nos has invitado a este lugar.

Te damos gracias por ello.

Bajo la forma del sagrado Pan estás presente entre nosotros. De ti recibimos la vida.

Por tu amor, transfórmanos, para que nos unamos cada vez más en mente y corazón. Que tu amor nos dé un futuro.

Abre nuestros ojos al misterio de la Eucaristía,
al misterio de tu amor y tu bondad.

Abre nuestros ojos para ver el hambre, el sufrimiento de quienes se odian unos a otros —por causa del pan.

Tú das pan, y das amor.

Permítenos transmitir lo que hemos recibido: ¡PAN Y AMOR!

No permitas que nos cansemos de ayudar y trabajar para que se cumpla la súplica de tantas personas por su pan cotidiano. Te lo pedimos a ti, Cristo nuestro Señor.

DURANTE EL DESPOJO DEL ALTAR POR LOS MONAGUILLOS

Lector: Después del traslado del Santísimo Sacramento, despojaremos el altar. El altar es un signo de Cristo; así como Él fue despojado de sus vestiduras y se mostró expuesto ante los ojos del pueblo, el altar desnudo nos recordará: Cristo se deja avergonzar para cargar con nuestra vergüenza.

Después de la Última Cena, Jesús dijo a Pedro en el Monte de los Olivos:

“Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad para no entrar en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil.”

En respuesta a este deseo de Jesús, les invitamos a todos a quedarse en esta hora de oración, a velar y orar con Él. Velamos y oramos con Él para comprender mejor el gran amor que nos ha mostrado.

El altar ahora está completamente despojado por los monaguillos.

Viernes de la Pasión del Señor – 03.04.2026

Is 52,13–53,12; Heb 4,14–16 y 5,7–9; Jn 18,1–19,42

VIERNES SANTO – 2023

INTRODUCCIÓN: (Antes del comienzo de la liturgia)

Lector: ¡Queridas hermanas y hermanos!

¡Les damos la bienvenida a todos a nuestra celebración común de la Pasión y Muerte de Jesucristo!

Sólo ayer nos reunimos en este lugar para recordar juntos la Última Cena de Jesús en el círculo de sus discípulos.

Hoy – Viernes Santo – recordamos el sufrimiento y la muerte de Jesús, y escuchamos – proclamado por diferentes personas – el relato de la Pasión.

La liturgia del Viernes Santo consiste en la Liturgia de la Palabra, las Solemnas Intenciones y la Adoración de la Cruz. En este día, según la tradición más antigua, la Iglesia no celebra la Misa. En este doble ayuno – el ayuno corporal y el ayuno eucarístico – se expresa la tristeza por el sufrimiento de Jesús y la solidaridad con todos los que sufren en este mundo.

El momento culminante de nuestra celebración hoy es la Adoración de la Cruz, porque la celebración de la Comunión está ausente hoy. La echamos dolorosamente de menos – y sentimos cierto vacío – y a través de ello, también la brecha que se abrió con la muerte de Jesús.

Pronto comenzará la celebración litúrgica del Viernes Santo con la entrada silenciosa del sacerdote y los monaguillos.

Cuando nos arrodillemos ante la Cruz, experimentaremos profundamente lo que ya dice el Salmo 22:

"Me derramo como agua; me has puesto en el polvo de la muerte."

Pongámonos ahora en silencio y preparemos nuestro corazón para la liturgia del Viernes Santo...

ENTRADA SILENCIOSA Y COMIENZO

INTRODUCCIÓN AL RELATO DE LA PASIÓN

P: El relato de la Pasión que vamos a escuchar es mucho más que un simple informe. El relato bíblico de las últimas horas de Jesús ilumina toda su vida.

La Pasión bíblica de Jesús nos cuenta no sólo lo que sucedió, sino también por qué y con qué propósito sucedió. El Evangelio de Juan, cuyo texto escucharemos ahora, muestra más claramente que los otros Evangelios que Jesús camina su camino con plena conciencia y permanece fiel a sus convicciones.

Se enfrenta a los acusadores y jueces y se vuelve libre interiormente.

En el Evangelio de Juan, Jesús muere a la hora en que en el Templo se sacrifican los corderos para la Pascua. De esto surge el título de Jesús como el Cordero de Dios, como el verdadero Cordero Pascual.

SOLEMNES INTENCIONES

Introducción:

P: Jesús llevó la vida de la humanidad – su alegría y esperanza, su dolor y miedo – hasta la Cruz y, por medio de la muerte, a su vida nueva.

En las Solemnes Intenciones de hoy, presentemos ante Él nuestro mundo y nuestra Iglesia, y confiemos con gratitud en que Dios también cumplirá nuestra esperanza y la esperanza de todos los pueblos.

HOMILÍA 1: “He aquí el Hombre — He aquí Nuestra Esperanza”

Era el 27 de marzo de 2020.

El mundo había quedado en silencio.

En Roma, la lluvia caía sobre una Plaza de San Pedro vacía. No había peregrinos. No había turistas. No había niños persiguiendo palomas. Solo el eco de la lluvia y el sonido de los pasos de un hombre.

El Papa Francisco caminaba lentamente por la vasta plaza. Solo. Las cámaras se alejaban mostrando el vacío.

Se detuvo ante el Santísimo Sacramento y levantó la custodia hacia un mundo oscuro y temeroso. Detrás de él se encontraba un crucifijo medieval — una cruz de peste ante la cual la gente había rezado siglos antes mientras la muerte acechaba sus calles.

No era Viernes Santo.

Y, sin embargo, lo era.

Esa imagen viajó por el mundo porque decía algo que las palabras no podían:

Dios no está ausente en nuestra oscuridad.

Dios está en ella.

Hoy, Viernes Santo, nos ponemos nuevamente ante la Cruz y preguntamos: ¿Dónde está la esperanza?

La preguntamos cuando vemos ciudades en Ucrania reducidas a escombros.

La preguntamos cuando vemos edificios bombardeados y niños sacados del polvo.

La preguntamos cuando oímos de madres dando a luz en

estaciones de metro, de padres despidiéndose en andenes de tren, sin saber si volverán a encontrarse.

La muerte está constantemente ante nuestros ojos. Es insoportable desde lejos. Cuánto más insoportable para quienes la viven.

¿Dónde está la esperanza?

El Viernes Santo no evita la pregunta. La intensifica.

"He aquí el hombre," dice Pilato.

¿Y qué vemos?

Un cuerpo torturado.

Una corona de espinas hundida en la carne.

Un manto púrpura como burla.

Un ser humano aplastado por la violencia.

A lo largo de la historia, los imperios se han construido sobre la violencia. Dominación. Subyugación. La civilización a menudo se alza sobre los huesos de los débiles. Incluso hoy vemos cómo se usa brutalmente la violencia para establecer el poder.

Y en ese mundo aparece Jesús.

No con un ejército.

No con tanques.

No con drones.

Avanza y pregunta: “¿A quién buscan?”

Y cuando dicen, “A Jesús de Nazaret,” Él responde: “Yo soy.”

Yo soy.

El nombre divino pronunciado en el huerto de la detención.

Por un momento, los soldados retroceden.

Es una revelación silenciosa pero profunda: quien está siendo arrestado no es impotente. No es víctima del azar.

Es Dios-con-nosotros.

Y, sin embargo, permite que lo aten.

¿Por qué?

Judas no entendió esto. Tal vez quería una revolución política. Tal vez quería forzar la mano de Jesús. Tal vez simplemente tenía una imagen equivocada de quién debía ser Dios.

¿Pero somos nosotros tan diferentes?

También queremos a menudo un Dios que intervenga dramáticamente. Un Dios que aplaste a nuestros enemigos. Un Dios que elimine el sufrimiento de inmediato.

En cambio, recibimos a un Dios que cuelga en una Cruz.

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Incluso Jesús entra en el silencio.

Y aquí está el escándalo — y la esperanza — del Viernes Santo:

Dios no explica el sufrimiento.

Dios lo entra.

Pienso en Djamal, un joven que huyó de Siria en lugar de tomar las armas. Me contó cómo, de niño, aprendió qué hacer durante los bombardeos. Cómo todavía se sobresalta con ruidos fuertes. La guerra destruyó su infancia mucho antes de que fuera adulto.

Pienso en Halima, de Somalia, que aún despierta
aterrorizada de pesadillas. La guerra no terminó cuando
cruzó la frontera. Vive en la memoria.

La Cruz les dice — y nos dice — algo radical:

Dios está a tu lado.

Dios no es el arquitecto de tu dolor.

Dios es el compañero en él.

Cuando Caifás dijo: “Es mejor que muera un hombre por el
pueblo,” se refería a conveniencia política. Sin embargo,
escondida en su cálculo cínico estaba una verdad más
profunda: Jesús muere por nosotros.

Cuando Pilato preguntó: “¿Qué es la verdad?” no
reconoció que la Verdad estaba ante él — magullada y
sangrante.

La Verdad no es una declaración abstracta.

La Verdad tiene un rostro.

Y en Viernes Santo, ese rostro está golpeado.

Vivimos en un mundo de “verdades alternativas”,
propaganda, manipulación. Pero la Cruz expone la verdad

última sobre la humanidad: somos capaces de crueldad.
Y revela la verdad última sobre Dios: Él responde con
amor.

Miren de cerca la Cruz. La burla montada por los soldados
imita un triunfo romano. La corona de laurel se convierte
en espinas. El manto real se convierte en un disfraz de
vergüenza. El vino fino se convierte en vinagre. El desfile
de victoria no conduce al Capitolio sino al Gólgota — el
lugar de la calavera.

Intentaban humillar.

Dios transformó eso en redención.

Detrás del desastre está la vida inconquistable.

La Resurrección ya está escondida en la Cruz — aún no
visible, pero prometida.

La fe es arriesgada. La incredulidad también es
arriesgada. El dolor no discrimina entre creyente y
escéptico. Todo corazón humano pregunta: ¿Dónde
encuentro fuerza? ¿Qué da sentido? ¿Cómo aguanto el
sufrimiento? ¿Cómo enfrento la muerte?

El Viernes Santo no da respuestas fáciles.

En cambio, nos da una presencia.

Cuando más tarde adoremos la Cruz y susurramos, “Dios mío,” puede sonar a acusación.

Puede sonar a cansancio.

Puede sonar a adoración.

Quizás sea todo eso.

“Dios mío.”

Ese grito no explica el sufrimiento. Pero nos une a Quien sufre con nosotros.

El Papa bajo la lluvia no resolvió la pandemia esa noche.

Pero levantó a Cristo en la oscuridad.

Y eso es lo que hace la Iglesia hoy.

Elevamos al Crucificado en un mundo de guerras,
hospitales de cáncer, campos de refugiados, matrimonios
rotos, corazones ansiosos.

Y decimos:

He aquí el Hombre.

He aquí tu Dios.

He aquí tu esperanza.

Y en algún lugar — incluso ahora — bajo los escombros de nuestro mundo, la vida se prepara para levantarse.

Amén.

HOMILÍA 2: “EL AMOR NUNCA TERMINA”

Hace años, un padre me contó el momento en que nació su hija.

La partera puso en sus brazos lo que él llamó “dos puños de humanidad.” Pequeña. Roja. Envuelta en más manta que bebé. Él se inclinó y besó su frente húmeda.

Dijo: “Desde ese momento, nada fue igual. Tenía miedo por ella. Quería protegerla. La amaba — tal cual.”

Ese amor no desapareció cuando lloró en noches sin dormir.

No desapareció cuando garabateó en la pared blanca del pasillo.

No desapareció cuando falsificó su firma para justificar una clase perdida.

No desapareció cuando vomitó en las escaleras tras su primera fiesta imprudente.

El amor permaneció.

A veces orgulloso.

A veces enojado.

A veces impotente.

Pero presente.

¿De dónde viene ese amor?

¿Es solo química? ¿Hormonas?

¿O es el eco de algo más profundo — algo de Dios?

"Dios es amor," escribe Juan.

Si eso es verdad, entonces el Viernes Santo debe decirnos algo sobre el amor.

Y lo que vemos a primera vista no parece amor.

Vemos traición.

“¿Quién es Judas?” preguntó alguien una vez en un sermón.

La respuesta fue: “Tú y yo.”

Porque cada uno de nosotros tiene expectativas sobre cómo Dios debería actuar. Queremos el poder divino a nuestra manera. Cuando Dios se oculta, nos inquietamos.

¿Por qué Dios no interviene?

¿Por qué no previene la guerra?

¿Por qué no detiene el cáncer?

¿Por qué las madres entierran hijos?

"Dios mío, ¿por qué nos has abandonado?"

El Viernes Santo nos permite acusar a Dios.

Eso puede sorprendernos — pero es bíblico.

Nos hemos vuelto hábiles explicando el sufrimiento.

Teólogos construyen argumentos: “Libre albedrío.”

“Responsabilidad humana.” “Bien mayor.” Pero a veces las explicaciones se convierten en excusas.

El Viernes Santo silencia nuestra astucia.

Nos confronta con la realidad cruda.

La guerra cruza fronteras.

Los ciberataques reemplazan las espadas.

Las ciudades arden en el siglo XXI igual que en tiempos antiguos.

Djamal huyó de Siria en lugar de ser soldado. Dejó atrás partidos de fútbol en calles bombardeadas y las tumbas de sus familiares. Halima huyó de Somalia; sus noches siguen siendo atormentadas por gritos.

La guerra destruye casas.

Pero más profundamente, destruye almas.

¿Por qué no podemos vivir en paz?

La Biblia insiste: fuimos creados para otra cosa.

Al principio, Dios anhelaba conexión.

Como una madre que sostiene la tierra con ternura, Dios creó por amor — no jerarquía, no dominación. Ninguna nación más amada que otra. Ninguna raza más digna que otra.

Nacimos para compartir la tierra.

Nacimos para compartir el amor.

Y, sin embargo, la historia cuenta otra cosa.

Pilato pregunta: “¿Qué es la verdad?”

En nuestra era de desinformación, preguntamos lo mismo. Tantas voces. Tantas narrativas. ¿Quién tiene razón?

La Cruz revela una verdad más profunda.

La Verdad no es un eslogan.

La Verdad es una persona.

"Yo soy el camino, la verdad y la vida."

Ante Pilato, Jesús permanece en silencio. El gobernador no entiende que su decisión revelará su corazón.

Cada personaje de la Pasión habla un fragmento de verdad.

Caifás profetiza sin saberlo.

Pedro niega por miedo.

Pilato duda.

La inscripción en la Cruz declara más de lo previsto: “Rey.”

Incluso la burla se convierte en proclamación.

Vemos solo fragmentos, dice Pablo. Como un reflejo desconcertante en un espejo.

No vemos el cuadro completo.

Vemos ciudades destrazadas.

Vemos familias divididas.

Vemos nuestros propios fracasos en el amor.

No vemos cómo Dios sostiene los hilos.

Pero escuchamos esto:

El amor es paciente.

El amor es bondadoso.

El amor no lleva cuenta del mal.

El amor todo lo soporta.

El amor todo lo espera.

El amor todo lo aguanta.

El amor nunca termina.

¿Suenan ingenuos en un mundo de tanques y drones?

Tal vez.

Pero sin esta creencia, la desesperación nos devoraría por completo.

El Viernes Santo no es ingenuo. No se salta la Pascua. Se detiene en la Cruz. No pretende banalizar el sufrimiento.

Pero insiste en una afirmación radical:

El amor de Dios permanece — incluso aquí.

Incluso cuando la hija se va de casa.

Incluso cuando comete errores.

Incluso cuando la humanidad pinta grafitis sobre la creación.

El amor permanece.

Cuando Jesús cuelga en la Cruz, Dios no se retira.

Dios revela su identidad más profunda.

Oculto su gloria para que podamos soportar su cercanía.

Si se mostrara con poder crudo, colapsaríamos. En cambio, se revela en amor herido.

¿Dónde está Dios?

En la Cruz.

Eso no es una explicación.

Es una respuesta.

Cuando más tarde nos acerquemos a la Cruz y susurramos, “Dios mío,” puede contener acusación. Puede

contener anhelo. Puede contener entrega.

Pero es relación.

La fe en su nivel más profundo no es estar de acuerdo con declaraciones.

Es confiar en una persona.

Y hoy esa persona cuelga ante nosotros.

Golpeada.

Sangrante.

Amando.

Y por ese amor, incluso en fragmentos, incluso entre ruinas, nos atrevemos a creer:

El amor es más grande que la violencia.

El amor es más grande que el odio.

El amor es más grande que la muerte.

El padre que mencioné al principio me dijo algo más.

Cuando su hija se mudó a su propio apartamento, él le ayudó a armar su cama. Al conducir solo a casa, se dio cuenta: “Ahora vivirá su vida. No puedo protegerla de todo.”

Pero su amor no terminó.

Cambió de forma.

Se convirtió en oración.

Se convirtió en esperanza

continúe

Se convirtió en esperanza.

Quizás así es como Dios nos ama.

Él no fuerza.

Él no coacciona.

Él permite la libertad — incluso cuando la usamos mal.

Y cuando crucificamos al mismo Amor —

El amor permanece.

Y por eso podemos salir hoy de este lugar en silencio, no en desesperación.

Porque la Cruz permanece.

Como pregunta.

Y como respuesta.

Y el amor nunca termina. Amén.

ADORACIÓN DE LA CRUZ

Lector: Incomprensible e insondable es lo que sucedió entonces en Jerusalén: Jesús fue burlado, ridiculizado, torturado y asesinado.

- Comenzamos este servicio en silencio; en silencio también lo terminaremos. Esperamos que Dios nos dé una respuesta dentro de nuestro silencio. La Biblia da testimonio de que precisamente donde la injusticia, la violencia y la muerte parecen abrumadoras, la Palabra de Dios da a los seres humanos nueva fuerza.
- Con su Cruz también queremos recordar todas las cruces que se han levantado en nuestro mundo. Lo hacemos para estar en solidaridad con todos los que – como Jesús – llevan su cruz. Por esta razón, al comienzo de esta celebración, nos arrodillamos ante la Cruz de Jesús y nos sintonizamos en silencio con nuestro recuerdo común del sufrimiento y la muerte de Cristo.

- Hoy, hace más de 2.000 años – un Viernes Santo a las tres de la tarde – un hombre murió en la Cruz. Murió una muerte cruel. Fue ejecutado públicamente, y cualquiera que quisiera podía ver este cruel espectáculo.

El sacerdote va con tres monaguillos a la entrada de la iglesia para traer la Cruz y dos velas.

L2 – Introducción:

Hace más de 2.000 años, un hombre se arrastraba por las calles de una ciudad cargando una cruz, condenado a muerte, burlado y golpeado. Y, sin embargo, logró, en todas las épocas – e incluso hoy – hacer reflexionar a las personas, hacerlas pensar en el significado más profundo de su existencia.

Ahora hemos traído la Cruz a nuestro medio. Todavía está velada. Nos recuerda que nosotros también preferiríamos esconder algunas cruces y sufrimientos de nuestras vidas. Hoy, sin embargo, estamos llamados a mirarla y a unir nuestras cruces con la Cruz de Jesucristo. Ante Él

doblamos nuestras rodillas en reverencia y gratitud,
porque por nosotros Él asumió la muerte.